

DIFERENTES VERSIONES, UN MISMO HECHO: NARRACIONES DEL ROBO EN VALPARAÍSO ANTE LAS INSTANCIAS JUDICIALES, HACIA FINALES DEL SIGLO XIX

**Various versions, one fact: narrations of theft in Valparaíso before the courts,
in the late nineteenth century**

Leonardo Gallardo Clavería

Licenciado en Historia, Universidad Andrés Bello, Chile

Contacto: leogallardoc@hotmail.es

Resumen

Con este artículo, se pretende un acercamiento a la comprensión del fenómeno del latrocinio, desde el punto de vista de sus protagonistas: víctimas y victimarios. A través de una muestra aleatoria de procesos judiciales iniciados por las causales de hurto y robo con violencia, se intenta una aproximación a esas voces, prestándosele especial atención al juego de intencionalidades que se ponía en práctica en las instancias de tribunales, mostrándose discursos que apuntaban a una caracterización de los litigantes, y a una caricaturización de los hechos.

Palabras clave: Discurso-intencionalidad-robo-víctima-violencia

Abstract

This article sets forth an approach to understand the phenomenon of thievery, from the point of view of its protagonists: victims and victimizers. Through a random sample of judicial proceedings on the grounds of theft and robbery, this article attempts an approximation of those voices, paying special attention to the game of intentionalities that is practiced in the

Leonardo Gallardo Clavería, Diferentes versiones, un mismo hecho: narraciones del robo en Valparaíso ante las instancias judiciales, hacia finales del siglo XIX

Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia, Vol. I, N°1, Enero-Junio 2017, 149-182

ISSN 0719-8213

DOI: 10.23854/autoc.v1i1.14

instances of court trials. These discourses point to a characterization of the litigants, and to a caricature of the facts.

Key words: Speech-intentionality-robbery-victim-violence

1. Introducción

Hoy por hoy, la delincuencia es uno de los asuntos que más espacio ocupa en los noticieros. Ya sea a través de las pantallas, la prensa escrita, o bien las cotidianas conversaciones entre simples ciudadanos, resulta innegable la magnitud de la polémica que despierta. No hace falta prestar mucha atención para advertir la cantidad de opiniones que orbitan en torno al tema, buscando culpables, responsabilizando a las autoridades, preguntándose los motivos de este problema social.

Recientemente, la liberación de más de 700 reos en la ciudad de Valparaíso consiguió despertar una nueva polémica en los medios de comunicación¹. La decisión del poder judicial fue duramente criticada por la ciudadanía, surgiendo como una de las principales preocupaciones la reincidencia en la que caerían los reos recién liberados, conociendo la cantidad de trabas que se dan en su proceso de rehabilitación. A los pocos días, no fue de sorprender que algunos de los ex presidiarios fuesen sorprendidos por la policía, cometiendo delitos nuevamente. Cabe destacar, eso sí, que los reincidentes inmediatos, registraban condenas por distintas formas de robo. Este hecho nos guía a diversas preguntas que giran en torno al latrocinio en la ciudad puerto, sus magnitudes en cuanto a cantidad, sus formas y matices, el sensacionalismo que despierta, y los cambios que ha tenido a lo largo del tiempo. ¿Cómo se habrá percibido la delincuencia hace cien años?

Sin duda que abordar un tema así de amplio es una tarea que conlleva años de investigación y una revisión exhaustiva de un caudal de información impresionantemente abundante. No obstante, pretendemos con el presente artículo,

¹ Hecho ocurrido el viernes 29 de abril de 2016, en donde se liberaron 724 reos para que siguiesen cumpliendo sus condenas en condiciones de libertad condicional.

lograr una aproximación a una veta específica de este tema. Nuestra intención es lograr vislumbrar más allá del sensacionalismo de la prensa, y acercarnos de una forma un poco más directa, a las voces de los protagonistas de los episodios de robo.

Como participantes directos, en esta investigación se comprende tanto a los victimarios, así como también a las víctimas del latrocinio. Se pretende un rescate de sus voces, no con la intención de encontrar una verdad sobre el tema, sino con el objetivo de recomponer una realidad histórica, y comprender los discursos de los involucrados, dentro de su propio contexto. Pero antes de seguir, sentemos algunas bases: en un caso de robo, cualquiera sea, participa un conjunto de personas, dentro del cual podemos reconocer tres grupos principales: el compuesto por los ladrones, sus víctimas y en tercer lugar el conformado por los organismos encargados de velar por estas últimas, tanto desde la instancia policial, más inmediata al suceso, como desde la judicial.

Las fuentes con las que se trabaja en este artículo, son precisamente las emanadas desde la instancia judicial, vale decir, expedientes judiciales provenientes desde el Primer y Segundo Juzgado del Crimen de Valparaíso. En este tipo de fuentes, y en contraste a la prensa de la época, puede apreciarse con mayor claridad el perfil y el accionar de los delincuentes; las quejas y reclamos de las víctimas; las versiones de los hechos según las cuentan los policías; y finalmente las decisiones tomadas por los funcionarios judiciales. Por tanto, nuestra misión será justamente sumergirnos en los discursos entregados por estos individuos, ver a través de la forma en que plantean los hechos, sus intenciones respecto al caso, profundizando en torno a sus motivos e intereses.

Para llevar a cabo esta tarea, nos adentraremos en un conjunto de expedientes judiciales emanados desde el Juzgado del Crimen de Valparaíso, iniciados por la causa de dos formas de robo, que han sido escogidas en esta investigación a modo de contraste: el salteo y el hurto². Se han examinado también algunos registros que

² Desde antes de la implementación de la Ley Orgánica de Tribunales, en 1875, en las ciudades de Santiago y Valparaíso ya existía una separación entre causas civiles y criminales. Por tanto, los juzgados con los que se trabaja en esta investigación se ocuparon de forma exclusiva de atender las causas criminales, quedando fuera de su jurisdicción las civiles, eclesiásticas, e incluso las relativas a materia de comercio (De Ramón, 1989: 12-15).

aparecen iniciados bajo el carácter de “heridas” o “lesiones”, pero que conllevan el robo de algunas pertenencias a los afectados, por lo cual derivan en procesos por asalto. En estos casos judiciales, nos encontraremos con una pluralidad de voces que nos permitirá un acercamiento de forma más completa a la comprensión del latrocinio porteño. En virtud de esta trifonía de discursos, el presente artículo constará de tres secciones, cada una de las cuales se corresponderá con el protagonismo de un actor principal en los casos de robo. Comenzaremos por examinar los alegatos de las víctimas, luego pasaremos a ver las versiones e intencionalidades de los policías que dieron cuenta del desarrollo de los hechos, para llegar finalmente a la observación de las defensas esgrimidas por los procesados.

2. “No es esta la primera vez que soi victima de robos”³. Representaciones del latrocinio según las voces de los querellantes

Tanto desde el marco legal, como desde el punto de vista social, un robo con violencia o intimidación siempre ha sido sancionado más duramente que un simple hurto, considerando la naturaleza de sus formas. Por ello, no será sorpresa que en las causas iniciadas por salteo, las informaciones entregadas por las víctimas se dirijan a resaltar la violencia en el procedimiento de los imputados, con el objetivo de lograr una caracterización del delito que lo haga más punible. Una de las formas usuales por medio de las cuales las víctimas intentaron definir a los asaltos como tales, fue a través de la declaración de las lesiones sufridas, y la constatación de éstas ante el juzgado.

En una buena parte de los expedientes judiciales iniciados con causal de asalto, se integra el respectivo informe médico, en el cual se detallan las heridas de la víctima, su ubicación y gravedad, y en varias ocasiones, el tiempo estimado en que se espera su recuperación. La información que entregaban estos partes podía llegar a ser bastante detallada en cuanto a las heridas del afectado, o bien, podían limitarse a dejar una simple constancia, por parte del médico de ciudad, de que la víctima de un robo había resultado lesionada físicamente. En cualquiera de los casos, el objetivo de requerir un parte médico se sustenta en la necesidad de dejar evidencia sobre lo

³ Marcelina Quaranta contra Agustín Pérez por hurto. Valparaíso, 1892, Archivo Nacional Histórico de Chile (ANHCH), Juzgado Criminal de Valparaíso (JUCRVAP), Caja 50140 expediente 12, foja 1. r

lastimada que quedó la persona y en qué forma, de modo que se pueda comprobar la violencia del hecho.

De esta manera, podemos encontrarnos con informes médicos de carácter más bien conciso, que sólo se limitan a decir, respecto de la víctima, que "tiene numerosas heridas contusas en la cabeza y en la cara, producidas al parecer por una caída"⁴. Este breve reporte no señala el origen de las lesiones de la misma forma en que la víctima acusa. Según la forma en que el individuo relata el desarrollo de los hechos, habría sido agredido con golpes de piedras, los que le causaron las que describe como "cinco heridas, mas o menos graves en la cabeza i varios rasguños en la cara"⁵.

Como puede verse en este caso, el agredido realiza una descripción intencionada sobre las lesiones sufridas, aportando información al proceso que no se encuentra presente en el parte médico. Sin embargo, no siempre hallaremos descripciones tan sucintas sobre las lesiones de las víctimas, pudiendo encontrarnos con algunas mucho más rigurosas y prolijas. Tomemos como ejemplo un informe médico entregado al Segundo Juzgado del Crimen, en el cual, respecto de la condición de la víctima, se expone que:

Su estado es el siguiente: siete pequeñas i superficiales heridas por instrumento cortante: una en la region frontal derecha, en la ceja derecha, en la ceja izquierda, dos en la sien izquierda, una en la oreja i otra en la mejilla derecha; hai además equinces por contusion en segundo i tercer grado en la línea superior de la espalda i en el lado inferior derecho de la misma. El pronóstico es menos grave en atención a lo cual, creo que permanecerá enfermo e imposibilitado para el trabajo durante doce a quince días, a contar desde hoy.⁶

En este texto, puede apreciarse claramente que la intención del Médico de Ciudad fue dejar una constancia minuciosa sobre las lesiones sufridas por la víctima,

⁴ Proceso por lesiones y robo a José Miguel Orellana. Valparaíso, 1899, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50041 expediente 17, foja 2. verso.

⁵ Ibidem, f. 3. v

⁶ Rosauero contreras contra Pedro Calderón y Pedro Olivos por salteo. Valparaíso, 1897, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50104, exp. 7 fj. 3. v

señalando la existencia de siete heridas superficiales por corte, y dos contusiones. Asimismo, en consideración a la gravedad de estas heridas, determina un tiempo de recuperación acorde al pronóstico. Se evidencia en este parte médico una actitud profesional por parte de quien lo emite, libre de pretensiones, por cuanto no toma parte en el proceso judicial. En contraste, no podría sostenerse esta objetividad en las declaraciones de quienes sí participan en el caso, ya sea desde el lado de las víctimas o desde el de los victimarios.

Ahora bien, respecto de la consideración de la gravedad de las lesiones en estos informes, no podríamos decir que existe un código claro en cuanto a la determinación de un pronóstico de recuperación. En otras palabras, vemos que la opinión médica variaba según fuese la cantidad, profundidad y ubicación de las heridas, además de diferenciarse los diagnósticos según los profesionales de la salud que los determinaron.

De esta forma, nos hallaremos ante partes médicos como el que sigue a continuación, el que forma parte de un proceso iniciado por la causa de salteo. Según el informe entregado, las heridas de la víctima constan de:

Equinces por contusion en segundo grado en el párpado inferior derecho i en el dorso de la nariz; esfoliación de la epidermis en una estension de un centímetro en la sien derecha; contusiones múltiples en ambos labios, con pequeñas heridas de la mucosa por la compresión que recibió en los dientes, encontrándose ligeramente movibles dos de los dientes del maxilar superior. El pronóstico es leve en atencion a lo cual, creo que permanecerá enfermo e imposibilitado para el trabajo durante diez dias, a contar desde hoy.⁷

En este caso, resulta evidente que la víctima sufrió una serie de golpes en la cabeza, destacándose los recibidos en su cara, los cuales le provocaron daño a sus piezas dentales. Sin embargo, pese a la crudeza de estas heridas, el médico las califica como de orden leve, estimando en diez días la reincorporación del afectado a sus

⁷ Florencio A. Cáceres contra Custodio Tapia y Clemente Pardo por salteo. Valparaíso, 1894, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50153, exp. 20, fj. 1. v

actividades laborales. Cabe entonces preguntarse: ¿en base a qué criterios se determina la gravedad de las lesiones de las víctimas de salteo?

Parece ser que la respuesta a esta interrogante está en gran proporción determinada por el peligro que estas heridas suponen para la vida de la víctima. Por tanto, en el diagnóstico recién observado, pese a que se aprecia un claro uso de la violencia contra el individuo lastimado, las heridas no parecen suponer un real peligro para su vida, motivo por el cual se justifica la calificación de sus lesiones en la categoría de leves. Teniendo en cuenta este criterio, resulta entonces que las molestias que sufra el afectado, mientras no pongan en peligro su vida, revisten de una menor importancia, al menos a ojos de los médicos que las evalúan. Decimos esto, entendiendo que incluso en un diagnóstico de heridas leves, como el aludido, la víctima necesita de más de una semana para recuperarse. Por ello, la palabra “leve” no debe interpretarse según su uso cotidiano, sino entendiéndola en su contexto.

En adición a esta forma en que las heridas se califican, ha de considerarse otro aspecto importante: los médicos no son los únicos que determinan la gravedad de las lesiones, sino que también las víctimas y testigos entregan su parecer respecto de las agresiones sufridas⁸. De hecho, en más de una ocasión, los expedientes judiciales por salteo carecen de un parte médico que describa la naturaleza de las lesiones de la víctima. Ante ello, son los afectados quienes deben sacar la voz para describir sus heridas, y la forma en que les fueron propinadas.

Tomemos como ejemplo el salteo que Manuel Chávez dice haber sufrido, en el año 1894. El individuo afirma haber sido golpeado por la espalda y botado al suelo, cuando se encontraba en estado de ebriedad, siendo posteriormente despojado de sus botines, un paletot, un chaleco, un par de pañuelos de seda, y una cantidad de dinero⁹.

⁸ Considerando la importancia que adquieren en esta sección de la investigación las voces de los litigantes, ha de reconocerse la influencia que ha tenido a nivel metodológico, entre otros, el trabajo de María Eugenia Albornoz (2006: 1-15).

⁹ Manuel Chávez contra Ciriaco Soto y Carmen Rosa y Reyes por asalto. Valparaíso, 1894. ANHCH, JUCRVAP, Caja 50154 exp. 37 fj. 1. r

Al parecer, debido al reconocido estado de intemperancia en el que se encontraba la víctima al momento del salteo, no realiza un esfuerzo por detallar más minuciosamente la forma en que sufrió la agresión, ni las consecuencias físicas que conllevó. No obstante, es su esposa quien sí busca dejar mejor establecido el ataque sufrido, señalando que “llegó á casa con varios golpes en el cuerpo, uno de los cuales estaba con sangre que le salía de el”¹⁰.

Es claro que esta declaración de la esposa, cuyo grado de veracidad no podemos certificar, apunta a resaltar la violencia con la que fue cometido el delito. De lo contrario, la testigo no lo hubiese mencionado. Recordamos con esto una de las premisas sobre las cuales este capítulo se asienta, la consistente en la intencionalidad de los discursos. Como veremos, la postura e intereses de las partes determina en cierto grado la forma en que organizan sus declaraciones, qué aspectos ponen de relieve, y a cuáles les restan importancia, o meramente omiten. En el caso de las víctimas, como vamos observando, existe un intento de demostración de la existencia de lesiones en los procesos por salteo, sin importar que los expedientes se acompañen o no de un informe médico que dé cuenta de tales heridas.

Las víctimas son precisamente quienes tienden a tener la primera palabra en los procesos judiciales por robo. La mayoría de los expedientes de este tipo de casos, se estructuran de la forma siguiente: en primer lugar se observa el sumario, que constituye una presentación del caso, una suerte de resumen escrita al Juez del Crimen, en la cual se entrega la acusación de los hechos, y las acciones inmediatas con las cuales reaccionó la policía. Se presentan asimismo, las declaraciones de la víctima, procesados y testigos.

Luego de esta estructura inicial, se encuentra la etapa del plenario, en la que las partes pueden presentar evidencias que permitan contradecir o corroborar lo que en la instancia del sumario se afirmó. Una vez expuestas estas pruebas, y confrontadas las versiones de los litigantes, el juez dicta sentencia, pudiendo sobreseer las causas por falta de evidencias, o bien, condenar a los procesados a

¹⁰ Ibidem, fj. 2. v

cárcel, decisiones ante las cuales existe la posibilidad de apelar a una instancia judicial superior¹¹.

En vista de este orden lógico en el cual las declaraciones se organizan, no es de extrañar que las víctimas, al ser la primera de las partes litigantes en relatar los hechos, los narren resaltando la violencia sufrida. Con fines de ilustrar esta intencionalidad, haremos mención de un último caso, en el cual se aprecia una diferencia en el modo en que la víctima describe sus lesiones, y la forma en que lo hace el parte médico.

En horas de la noche, se hallaba José Miguel Guerra acompañando a uno de sus amigos a su casa, en las inmediaciones del Cerro del Barón. Según relata, "me asaltan en el camino tres individuos que no les conozco, i sin motivo alguno, uno dellos me pegó con cuchillo una puñalada al lado del corazón i otro de los mismos una bofetada en las narices, que me volteó al suelo"¹².

Aunque de forma concisa, nótese que la víctima del ataque hace mención de una serie de detalles que agravan la violencia del hecho. En primer lugar, alude a la superioridad numérica de los asaltantes. Así también, destaca la violencia acusando un golpe en la nariz, que terminó por botarlo al suelo, en conjunto a la puñalada asestada cerca del corazón, apuntando con esto a la intención de los salteadores por provocarle daño. Respecto a la acusada puñalada, cabe decir que el informe médico adjunto en el expediente, la describe como "superficial"¹³. No se pretende con este contraste entre la declaración de la víctima y el reporte médico, quitarle credibilidad a la parte querellante, ni mucho menos, sino sólo señalar que la forma en que las heridas se perciben, varían dependiendo de la postura de quien las sufra o las observe. Sin embargo, considerando la declaración de esta última víctima, puede verse que existe más que una intención por dejar establecida la violencia ejercida por los asaltantes hacia la propia persona. Además de esta pretensión, se observa otra que se le asocia, la cual consiste en dejar en evidencia la completa inocencia de

¹¹ Agradezco al profesor Víctor Brangier por su precisa aclaración en cuanto a las fases de los procesos judiciales en materia criminal.

¹² Proceso iniciado por lesiones a José Miguel Guerra. Valparaíso, 1900, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50041 exp. 1, fj. 2. v

¹³ Ibidem, fj. 3. v

la víctima en el suceso delictual, por medio de señalar que el ataque se originó “sin motivo alguno”¹⁴. En otras palabras, podría decirse que existe una pretensión de las víctimas por identificarse como tales, apelando al estado de indefensión en que se hallaron ante el ataque de los asaltantes. Si se tomasen en consideración las declaraciones de las víctimas exclusivamente, según la forma en narran los hechos, podría sostenerse una unilateralidad de la violencia.

Sin desmedro de lo anterior, ha de suponerse que en más de alguna ocasión las víctimas de los salteos hayan puesto resistencia al despojo de sus pertenencias, y por supuesto, obedeciendo a un impulso primigenio, defenderse a sí mismas del ataque de los asaltantes. Por lo visto, existe una tendencia, por parte de las víctimas de los robos, a no incluir dentro de sus declaraciones la defensa que hicieron ante éstos, ya sea porque realmente se vieron incapacitadas, o bien, debido a una estrategia discursiva.

No obstante, es frecuente encontrarse con excepciones que contradigan la tendencia, y es así como se halla en uno de los expedientes de esta investigación, una versión de los hechos entregada por Juan Porfiri, quien acusa ser víctima de salteo. Dentro de su declaración, incluye la resistencia que ejerció ante la sustracción de sus especies. Según cuenta, se hallaba en compañía de dos amigos

cuando de improviso fuimos atacados por cuatro individuos desconocidos, dos de los cuales son los reos ante quienes he sido juramentado. Me quitaron un paletot de paño que vale veinte pesos y a mas diez pesos que llevaba con él. Me botaron al suelo y allí, José Alvarez me pegó en la boca é intentó quitarme un pañuelo de seda, pero yo me defendía para que no se lo llevara. Estabamos en estos forsejeos cuando logré mancharle la cara y parte de la oreja con la sangre que me salía de la boca y nariz¹⁵.

Ante todo, cabe destacar lo férrea de la resistencia de Porfiri, ante la perpetración del delito. Aun viéndose superado en número, en el suelo y golpeado, este individuo

¹⁴ Idem

¹⁵ Juan Porfiri contra José Alvarez y Victor Lopez por salteo. Valparaíso, 1895, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50005, exp. 2, fj. 1.r

trató de proteger los enseres que aún no le eran arrebatados por los asaltantes. Resulta cuando menos, interesante, el método de defensa del que Porfiri dice haber hecho uso, consistente en arrojar su propia sangre a la cara de uno de los delincuentes. No obstante, al igual que en casos anteriores, se busca dejar constancia de que la pendencia y forcejeos fueron iniciados por causa de los individuos acusados, quienes atacan sin dárseles para ello motivo alguno, súbita e inesperadamente. En consecuencia, las víctimas acusan a los procesados de haber sido ellos quienes actuaron de forma violenta desde un principio. Al respecto, es preciso señalar que en ninguno de los casos analizados en esta investigación, las víctimas afirman haber golpeado a los asaltantes, acotándose a explicar los golpes por ellos sufridos.

Incluso en el presente caso, conforme a la versión de Porfiri, los ladrones son quienes detentan la violencia física, mientras que él se limita a forcejear con uno de los salteadores, pero en ningún caso admite haber golpeado a delincuente alguno. Reforzando esta dirección a la que apuntan sus declaraciones, Porfiri agrega que “los dos reos presos se dedicaron á pegarme y los dos individuos que huyeron les pegaban a mis compañeros”¹⁶.

Siguiendo a la declaración de Porfiri, uno de los dos amigos que le acompañaban expone los hechos a continuación, coincidiendo sus versiones del suceso, aunque corriendo mejor suerte, pues los individuos que intentaban quitarle sus pertenencias “huyeron, me dieron de golpes por todo el cuerpo sin robarme nada porque yo me defendí hasta que llegó la policía que logró capturar á dos, pues los otros arrancaron”¹⁷. Puede apreciarse en este caso, que las víctimas del delito dan cuenta de los hechos apegando sus acciones a una legítima defensa, no usando golpes para defenderse de los ladrones, al tiempo que eran maltratados por los delincuentes.

El tercero de los amigos asaltados, Santiago Aguilar, quien perdió a manos de los delincuentes un sombrero, relata que:

¹⁶ Ibidem, fj. 1. r

¹⁷ Ibidem, fj. 2.v y fj 2.r

Como yo estaba ébrio no pude defenderme ni darme cuenta exacta de lo acaecido, pero lo cierto es que los individuos desconocidos me pegaron y me robaron mi sombrero que vale cinco pesos. Recuerdo sí a pesar de mi embriaguez que mi sombrero me fue robado en momentos en que iba a defender á Porfiri á quien le estaban pegando los dos que están presos¹⁸.

Ahora bien, más allá de la violencia acusada por las víctimas de este delito, en la declaración de Aguilar se da cuenta de otro aspecto importante: quien declara admite haber estado ebrio al momento de sufrir el salteo. Resulta útil preguntarse los motivos por los cuales esta víctima decidió incorporar en su discurso la alusión a su estado de embriaguez, pudiendo haber omitido este detalle en su exposición de los hechos. Este detalle resulta aún más revelador si se considera que éste no es el único caso en que las víctimas declaran haber estado ebrias al momento de ser robadas. Lo que podríamos considerar un paradigma de este tipo de afirmaciones, lo encontramos en el proceso iniciado por el delito de lesiones y robo a José Miguel Orellana¹⁹.

En una primera instancia, Orellana declara haber sido atacado y robado por un grupo de individuos, pero luego, cuando se lo cita a comparecer, relata que “estaba tan ebrio cuando recibí las lesiones que tengo que nada sé como me las causé; puedo haberme caído i ha podido suceder que ellas fueran producidas por obra de tercero”²⁰. El proceso terminó en un sobreseimiento, debido a que no existía forma de identificar a los responsables del asalto, haciéndose hincapié en el hecho de que Orellana, “por hallarse en completo estado de ebriedad no supo dar esplicaciones sobre el origen de esas lesiones al guardian que lo encontró”²¹. Queda claro en este caso, eso sí, que la embriaguez de la víctima era de tal magnitud, que no hubo posibilidades de esconder esa información a ojos de la justicia. Sin embargo, cabe preguntarse por la importancia de declarar la ebriedad ante la justicia: ¿qué es lo que estas personas esperan lograr?

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ Proceso por lesiones y robo a José Miguel Orellana. Valparaíso, 1899, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50041 expediente 17.

²⁰ Ibidem, fj. 3. r

²¹ Ibidem, fj. 5. r

Ante todo, recordemos que ocasionar alborotos bajo los efectos del alcohol era causal suficiente para ameritar una aprehensión por parte de los cuerpos policiales. Por tanto, señalar a los funcionarios judiciales que se transitaba en altas horas de la noche en un completo estado de ebriedad, no parece ser una estrategia discursiva muy inteligente. Sin embargo, la respuesta a la interrogante formulada atraviesa por otro tipo de lógica. Para llegar a comprenderla, debemos preguntarnos no por las declaraciones de las víctimas a la justicia, sino por el origen del asunto: ¿qué es lo que la ingesta de alcohol provoca en los individuos?

A la luz de los expedientes judiciales revisados en esta investigación, puede sostenerse que los individuos que se encontraban caminando ebrios por las calles de Valparaíso, estaban más propensos a ser agredidos y robados. Esta tendencia resulta comprensible si se toman en cuenta dos aspectos principales: el primero, que al estar bajo los efectos del alcohol, las personas se veían reducidas a un cierto estado de indefensión ante cualquier ataque físico, pudiendo incluso dificultárseles la labor de pedir auxilio; y en segundo lugar, que habiendo bebido, reconocer y recordar rostros o eventos se vuelve una tarea compleja. De esta forma, una persona “excedida de copas” se convierte fácilmente en una potencial víctima de robo.

Considerando entonces, las repercusiones de la embriaguez, puede entenderse con claridad el motivo por el cual las víctimas de salteo informaban de su estado al momento de comparecer. Al señalar que se encontraban ebrios al momento del robo, no sólo se disculpan por no poder dar mayores pistas sobre la identidad de los delincuentes, sino que también destacan el hecho de que se encontraban indefensos contra la acción de los asaltantes. Por supuesto, existen también casos en los que la víctima señala que se encontraba “en buen estado”, intentando dar muestras de que identifica con total claridad a los autores del delito. Rosauro Contreras, la parte ofendida en este caso de salteo, agrega además que “ví perfectamente cuando Calderon y Olivos me asaltaron porque habia luna esa noche y me fijé bien” ²².

En procesos como éste, podría sostenerse que la víctima no busca solamente que los ladrones sean caracterizados como detentores de violencia, lugar común en las

²² Rosauro contreras contra Pedro Calderon y Pedro Olivos por salteo. Valparaíso, 1897, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50104, exp. 7, fj 1. r y fj. 6 .r

causas iniciadas por salteo. Rosauro Contreras deja ver a través de sus palabras, una intención de ser considerado a ojos de los funcionarios judiciales, como una persona de ordenado comportamiento, que no tuvo responsabilidad alguna en el desarrollo del suceso delictual. Pese a los esfuerzos de Contreras, el caso concluyó en el sobreseimiento del proceso, debido a la falta de evidencias que permitiesen comprobar la culpabilidad de los reos, siendo éstos liberados luego. Cabe mencionar que uno de los reos usó la ebriedad como respaldo para afirmar que no recordaba haberse comunicado con un testigo, cuya declaración le perjudicaba, pues éste señalaba que el procesado le había confesado, al momento de su aprehensión, que uno de los cuerpos del delito había sido arrojado a una poza²³.

Como puede observarse, la ingesta de alcohol constituyó una conducta transversal a la sociedad, a tal nivel de llegar a formar parte de las estrategias retóricas, en los procesos judiciales por robo con violencia. De la forma en que pudo apreciarse en esta sección, en no pocas ocasiones, las víctimas de salteos reforzaron su caracterización como parte agredida, aludiendo a su estado de ebriedad. Pero no eran sólo las víctimas de este tipo de delitos las que tendían al consumo de alcohol, sino que la generalidad de la población chilena de la época, considerando también a los policías, por supuesto. Valparaíso, no sería la excepción.

3. Policías y ladrones: representación del delito según la narración policial

No es en vano señalar que los efectivos policiales forman parte de la sociedad que se encargan de proteger, y no sólo desde el cumplimiento de sus funciones, sino también en tanto forman parte del contingente humano que la conforma. De esta manera, no se ven ajenos las costumbres, vivencias y anhelos del común de las personas, insertándose de una forma bastante particular en los diversos escenarios de los cuales les toca formar parte. Decimos esto, teniendo en consideración que los miembros de un cuerpo policial deben realizar una serie de actividades, entre las cuales se pueden mencionar las labores de vigilancia y la tarea de capturar reos cuando se encarguen; pero para realizar estos deberes, muchas veces hacen uso de conocimientos que la institución no les entregó, sino que aprendieron formando parte de dicha sociedad.

²³ Ibidem, f. 7. r

Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en la forma en que el guardián Lindor Menares aprehendió a dos de los cuatro autores del salteo a Juan Porfiri y sus dos amigos, caso que al que veníamos pasando revista anteriormente. Dejemos que sus palabras hablen por sí mismas:

Anoche como á las ocho una señora, á quien no conozco, me dijo que en la calle del Arrayan se estaba cometiendo un salteo. Inmediatamente y sin hacerme acompañar de nadie me dirijí al lugar designado por la señora y vi á cuatro individuos que estaban pegandole á los tres ofendidos. Apénas me vieron dos de aquellos huyeron y á los dos que están presos logré capturarlos con engaño diciéndoles que iba a tomar una copa con ellos. Cuando los aprehendí noté que José Alvarez estaba asesando, muy fatigado y con un lado de la cara y oreja manchados con sangre que Porfini me dijo le había pegado allí cuando estaba luchando con él para arrebatarle un pañuelo de seda²⁴.

Observemos este extracto de su declaración parte por parte. En primer lugar, vemos que el policía relata la forma en que llegó al lugar de los hechos, en el momento en que se producían. Según cuenta Menares, obedeciendo a la alerta de un testigo del suceso, se dirigió directamente a la escena, sin buscar refuerzos. No pretendemos cuestionar la veracidad de sus afirmaciones, puesto que nuestras posibilidades de llegar a conocer si un individuo estaba mintiendo al momento de comparecer, se reducen a los resultados de un contraste entre los testimonios de los declarantes del caso. Lo que sí podemos preguntarnos son los motivos por los cuales algunos detalles se incluyen en el testimonio, elementos que sugieren una intencionalidad del relato.

En el caso de un policía, se entiende que la tarea de comparecer ante la justicia sea parte de sus deberes habituales, pues constantemente se enfrenta al delito, observando situaciones, intentando impedirlos, y finalmente, persiguiendo a los autores. Dicho esto, al momento de declarar, ¿cuál podría ser una de las pretensiones de un policía?

²⁴ Juan Porfiri contra José Alvarez y Victor Lopez por salteo. Valparaíso, 1895, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50005, exp. 2, fj. 3. v

Hemos visto ya que los testimonios de las víctimas estaban dirigidos justamente a resaltar su condición, mostrándose indefensos contra sus atacantes. Por otro lado, un policía también busca resaltar algunos aspectos de su participación en lo ocurrido, de forma de lograr una caracterización de sus acciones. Será lógico entonces, considerando los anhelos de los miembros del cuerpo policial, que en sus declaraciones se destaque lo valeroso y oportuno de las acciones que realizaron para frenar el delito. En las palabras de Menares, como vemos, no solo se destaca la forma temeraria en la que acude a la zona del asalto, sino que también otra virtud, de la que hace uso para capturar a los delincuentes.

En vez de utilizar sus capacidades físicas para atrapar a los asaltantes, el guardián optó por emplear la astucia a su favor, invitándoles una copa a los atacantes, para luego apresarlos. Sin embargo, esta detención no culminó con la sagaz acción del efectivo policial, sino que requirió de la participación de uno de sus compañeros. A su declaración, Menares agrega que: "Traía a los reos para la Comisaria, cuando á un descuido se me escaparon, huyendo á toda carrera para abajo del cerro, y, si no es por el comisionado Desiderio Marambio que logró capturarlos cuando huían, hubieran logrado escapar y dejar burlada la acción de la justicia"²⁵.

Dejar establecido que los individuos apresados intentaron emprender la fuga, no es un detalle menor, puesto que ayuda a afirmar su culpabilidad. Además, este aspecto presente en el relato del policía, favorece la caracterización de cada uno de los roles, presentando a reos que escapan de la justicia, y funcionarios que los apresan y los conducen a este fin. Podría sostenerse incluso, la expresión de un antagonismo entre los delincuentes y los policías, presente en las declaraciones de estos últimos. De esta manera, podrá verse que en sus relatos, se realiza una contraposición entre sus funciones y las acciones de los ladrones, poniéndose de relieve lo audaz de la forma en que los miembros del cuerpo policial cumplen su deber, trabajando a favor de la justicia.

Un claro ejemplo de informe en el que se acentúa lo dedicado de un policía al cumplimiento de sus funciones, lo encontramos en la forma en que se captura a un peligroso criminal reincidente, Teodoro Sánchez, quien anteriormente hubiera

²⁵ Ibidem, fj. 3. v

agredido con un arma cortante a un efectivo policial. El informe cuenta que tres guardianes, se dirigieron a aprehender al acusado, en el Cerro del Barón. Al momento de informarle su arresto, Sánchez “acometió con los guardianes, huyendo después, habiéndolo aprehendido media hora después de haber corrido”²⁶.

Nuevamente, la huida complica la acción policial, al tiempo que confirma la culpabilidad del imputado. Además, en el informe resultan fácilmente diferenciables los antagonismos, presentando por un lado a tres policías que cumplen con su deber, al tiempo que se señala el prontuario de Sánchez, el cual se compone no sólo de una dedicación a los delitos de robo sino también de conductas violentas. Dejando en claro este último aspecto, se agrega que “Sánchez traía un revólver cargado”, situación que pone aún más de manifiesto la valentía de los funcionarios policiales²⁷.

Empero, no en todos los casos nos encontraremos con tal devoción a la acción de la justicia. Al igual que muchas organizaciones, de toda índole, los contingentes policiales de Valparaíso no se hallaban libres de la corrupción en sus filas, pudiendo infiltrarse entre ellas individuos con alguna inclinación a conductas de robo. Esta observación nos lleva al análisis de un caso de hurto, ocurrido en la Aduana porteña, en el cual las sospechas recaen precisamente en las personas encargadas de custodiar los bienes allí almacenados. El hecho se descubre, por sorprenderse a Bernabé Mendoza, marinero, en posesión de seis anafres, los cuales fueron sustraídos del corral en el que estaban, descubriéndose luego, que en realidad había sido cien la totalidad de anafres robados. Se inicia así la investigación para determinarse quienes habían cometido el ilícito. Mendoza busca exculparse del delito, alegando que “un guardian de los almacenes fiscales á quien no conozco me regaló seis anafres diciéndome que estaban botados. Como yo no creí que era robo me los llevé”²⁸.

Su justificación no fue suficiente, considerando que en su calidad de empleado del Resguardo aduanero, debió haber sospechado del turbio origen de las especies,

²⁶ Causa iniciada contra Teodoro Sánchez por robo con homicidio. Valparaíso, 1902, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50205, exp. 25, fj. 1. v

²⁷ Ibidem, fj. 1. v

²⁸ Proceso iniciado por el hurto sufrido por la Casa Colbert y Compañía. Valparaíso, 1894, ANHCH, JUCRVAP Caja 50153, exp. 12 fj. 2. r

sobre todo si se tiene en mente que, según declara, le fueron entregadas a modo de regalo por un guardián al que supuestamente no conocía. En consecuencia, Bernabé Mendoza fue condenado por el delito de hurto, a sesenta días de presidio. No obstante, respecto del nuevo robo descubierto, correspondiente a los cien anafres, el reo mantuvo su postura, declarando no tener datos que aportar a la causa. Las sospechas, claro está, recayeron en su persona, y además en otros funcionarios de la Aduana: dos miembros de la guardia y el inspector de la misma, suponiendo tuviesen conocimiento del delito. Sin embargo, pese a las sospechas, no se pudo determinar quiénes habían cometido el robo, coincidiendo todos los declarantes en el mismo punto, diciendo que no tenían conocimiento del delito. Cabe mencionar, eso sí, que dos de los nuevos sospechosos señalaron que “al único que lo creemos culpable es á Mendoza que fué tomado preso con unos anafres en la mano”²⁹.

Considerando estas declaraciones en conjunto a las críticas que desde la prensa se le hacían a guardianes y policías, no es ilógico suponer que hechos de esta índole se presentasen con alguna frecuencia, involucrando a quienes debían representar la antítesis del delito. Ahora bien, respecto de la forma en que estas personas se defienden de la acusación, sólo podemos señalar que se basa en la demostración de la inocencia, por medio de aludir a que no se tiene conocimiento alguno respecto del delito. Este argumento apunta sencillamente a que demostrar que no existen motivos para involucrar a la persona en la investigación en curso.

Pero, tomando en cuenta este discurso como parte de una estrategia retórica, cabe preguntarse acerca de quiénes apelaban a este argumento. Dicho de otro modo, ¿eran solamente los guardias y policías quienes buscaban desmarcarse de los casos de robo, aludiendo al total desconocimiento del delito?

Adelantando la respuesta a esta interrogante, permítasenos mencionar que en el caso anterior, incluso estando ya condenado por el hurto de los anafres, Bernabé Mendoza mantenía su postura, alegando que “me tomaron por ladrón”³⁰. Podría decirse que existe una intención de desmarcarse de esta categoría, por parte de Mendoza, debida a que una vez señalado como ladrón, podría atribuírsele la

²⁹ Ibidem, fj. 2. v

³⁰ Ibidem, fj. 2. r

responsabilidad de un caso mayor, como el del robo de los cien anafres. Por tanto, esta característica que encontramos en las palabras de Mendoza, también pudiese estar presente en los discursos de otros procesados o condenados por causas de delincuencia sobre la propiedad. En la siguiente sección de esta investigación, nos ocuparemos, justamente, de abordar las estrategias en las declaraciones de las personas acusadas de este tipo de delitos.

4. Estrategias retóricas de los reos por causas de robo

Uno de los primeros aspectos que podemos mencionar respecto a la forma en que los procesados enfrentan un delito que se les imputa, es que, al igual que en el caso anterior, tienden a negar cualquier participación en el hecho. Ello no constituye ninguna sorpresa, considerando que a través de esta simple estrategia había posibilidades de evadir las penas de estos delitos, las cuales podían incluir una condena a pasar algún periodo de tiempo en prisión³¹.

Pero, ¿qué tan eficiente resultaba esta táctica discursiva? Pasemos a contestar esta interrogante, a la luz de procesos judiciales en los que los acusados, apelaban tajantemente a comprobar su inocencia. Habíamos revisado ya las palabras de Manuel Chávez y su mujer, en el proceso por salteo del que Chávez dijo haber sido víctima. Falta ahora examinar las palabras de la parte acusada, conformada por dos individuos, Ciriaco Soto y Carmen Rosa Reyes. El primero, es un comerciante de veintitrés años, soltero y sin registros delictuales, que no sabe leer ni escribir, mientras que la procesada Reyes tampoco cuenta con antecedentes, tiene veintiséis años, está casada, y a pesar de que no sabe escribir, sí lee.

La versión de los hechos, según la víctima, contaba básicamente que cuando se encontraba en estado de ebriedad, aceptó una invitación al domicilio de Carmen Rosa Reyes, siendo posteriormente golpeado por la espalda, por Ciriaco Soto,

³¹ No es el objetivo de este estudio profundizar respecto de las cárceles porteñas. Sin embargo, para comprender los motivos por los cuales los procesados evitaban pasar tiempo en los recintos penales, véase Marco Antonio León (2003: 504-533). Entre otras cosas, en el trabajo de este autor se detallan las precariedades de la vida en las cárceles públicas de Chile, incluyéndose la mala calidad de las comidas, la instauración de una jerarquía en base a la violencia entre los reos al interior del penal, y las diversas situaciones de abuso que debían soportar los internos.

robándosele entonces unos botines. Es preciso señalar que al momento de ser careados el ofendido Chávez y el reo Soto, el primero reconoce al segundo como su asaltante. Por su parte, Ciriaco Soto cuenta una versión muy distinta de los sucesos, afirmando desconocer totalmente a la persona de Chávez, y negando rotundamente haber tenido participación en el asalto que relata. El contrapunto, es que se hallaron en su posesión los botines que le fueran sustraídos a la víctima, uno de los cuales presentaba una mancha, ocasionada por una herida en la pierna de Manuel Chávez. Ante la existencia de esta irrefutable evidencia material, la cual apunta a señalar la culpabilidad de Ciriaco Soto, éste defiende su postura, indicando que “los botines que me quitaron bien pueden ser suyos, pero yo no se los hurté sino que los compré á dos individuos á quienes no conozco, en cincuenta centavos”³².

Al analizar esta explicación, resulta tener bastante lógica, señalándose la posibilidad de que otros individuos hayan robado los botines a la víctima. De esta forma, Ciriaco Soto se muestra inocente, al tiempo que no contradice de forma completa a Manuel Chávez, admitiendo la posible ocurrencia de un robo. Por su lado, la acusada Carmen Rosa Reyes, contra quien no existe evidencia que pruebe su culpabilidad, declara que la noche del delito había estado en un salón de licores, “bebiendo hasta tarde y no se que haya sido de mi, pues me puse muy ebria, de manera que no me doy cuenta de lo que haya pasado”³³. De este modo, Reyes se refugia, apelando a su embriaguez, para sostener la total ignorancia respecto del delito³⁴.

El desenlace de este proceso resulta en que a falta de evidencia que lo sustente, no puede probarse que los imputados Soto y Reyes hayan agredido a la víctima del salteo, por lo que no puede condenárseles por la causa de robo con violencia. Sin embargo, Ciriaco Soto es condenado a sesenta días de presidio, en vista de que no pudo acreditar la legítima compra de los botines, suponiéndose en consecuencia,

³² Manuel Chávez contra Ciriaco Soto y Carmen Rosa y Reyes por asalto. *Ob. cit.* Caja 50154, exp. 37 fj. 2. r

³³ *Ibidem*, f. 3. v

³⁴ Es poco común que una mujer se involucre en delitos de robo con violencia, aunque en este caso, Carmen Rosa Reyes parece haber desempeñado un papel menor, más de cómplice que de asaltante. Los delitos que más caracterizaban a las mujeres de finales del siglo XIX en Chile eran los relativos al libertinaje y el comercio sexual, además de las injurias y hurtos. Así lo señala María Soledad Zárate (1995: 149-156).

que fueron hurtados. Como vemos, la línea argumental del reo le fue útil para evadir la condena por asalto, aunque la credibilidad del juzgado mostró sus límites, cuestionándose duramente la procedencia de los objetos, y no dándose fe a la totalidad de la declaración de Soto.

De forma similar, podemos encontrar procesos judiciales en los que los acusados sostienen no ser los autores de un robo, por medio de otro tipo de estrategias, como por ejemplo, la utilizada por Pedro Flores Muñoz. Este individuo, de oficio gañán, soltero, de veintiocho años de edad, y con antecedentes, fue indicado como uno de los autores de un salteo perpetrado en un domicilio, en medio del cual resultó herida una menor de doce años. Ante su aprehensión, el reo Flores manifiesta que “cuando el día cinco fui tomado preso por la policía me llevó a presencia de dicho caballero, quien dijo que la noche del salteo había visto un hombre con un sombrero parecido al mío, pero que no me reconocía en uno de los asaltantes”³⁵. Como vemos en este caso, el procesado apela a un error de una de las víctimas, quien lo habría reconocido como asaltante, basándose sólo en la fortuita coincidencia de sus vestimentas, detalle considerable como superficial.

Asimismo, en el caso en que Juan Porfiri y sus dos amigos afirman haber sido asaltados por cuatro individuos, los dos procesados acusan una aprehensión errónea. El siguiente, es un extracto de la declaración de uno de los procesados:

Anoche cerca de las nueve me retiraba de la Gobernación Marítima en compañía de José Álvarez y pasábamos frente a una pendencia como de ocho individuos ebrios que había en la calle del Arrayán, deteniéndonos a mirar un rato, cuando llegó una señora acompañada de un guardian de policía y que dijo: “éste es” señalándome a mí. El guardian me intimó prisión y también a mi compañero, por lo que hubimos de venir hasta la primera Comisaría en donde nos dejaron presos, porque tres individuos de la pendencia nos echaban la culpa de que los habíamos salteado³⁶.

³⁵ Causa iniciada contra Manuel Padilla, Pedro Flores, Agustín Cabrera, José Tapia, José M. Gonzales, Secundino Lillo, Roberto Gonzales y Juan Pinto por robo con violencia. Valparaíso, 1896, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50142, exp. 3, fj. 3. v

³⁶ Juan Porfiri contra José Álvarez y Víctor López por salteo. Valparaíso, 1895, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50005, exp. 2, fj. 5. v

Encontramos en estas líneas, que la acción de señalar la ebriedad de alguno de los participantes del caso, tiene una utilidad distinta. Anteriormente hemos visto que quien prestaba declaración, podía manifestar encontrarse bajo los efectos del alcohol al momento de ocurrir el incidente. En esta ocasión, es uno de los acusados quien señala que los querellantes se encontraban bajo los efectos del alcohol, motivo que explicaría que confundiesen a sus atacantes. De cierta forma, en esta declaración puede observarse una intención de desacreditar a las víctimas, por medio de cuestionar el estado en el que reconocen a los asaltantes. Un propósito similar se advierte en las defensas que esgrime Agustín Pérez, tramoyista del Teatro Odeón, ante la acusación de hurto que se le hace, por parte de una de las artistas. La víctima denuncia la pérdida de algunas especies, entre las que se incluyen pañuelos de seda y prendas de valor, además de señalar que no es la primera vez en que le son sustraídas sus pertenencias en los camerinos del teatro.

Al no tener claro quiénes serían los individuos autores del ilícito, la víctima lanza acusaciones y sospechas en diversas direcciones, la mayoría de las cuales recaen en el mencionado Pérez. Según los relatos entregados por Juan Ansaldo, el arrendatario del teatro, y por el acusado, las sospechas se habrían visto acompañadas por una serie de improperios hacia el personal. De hecho, Ansaldo pone en duda la efectividad del robo, pues en los once años que afirma lleva arrendando el teatro, jamás ha debido enfrentar una de estas situaciones. Además, afirma que no es primera vez que la mujer se queja de haber perdido especies al interior del teatro, apareciendo éstas luego. El testigo finalmente agrega que “si ahora le han sido sustraídas algunas especies, a su modo de ser se lo atribuyo, pues sufre de la cabeza”³⁷.

Mancillada de esta forma la credibilidad de la querellante, resulta fácil para el acusado eludir una condena, sobre todo frente a un delito del cual no se registran evidencias. Sin embargo, las anteriormente mencionadas no son las únicas formas que tenían los procesados para asentar su inocencia. Otra de las estrategias para exculparse ante los cargos de robo, radicaba en describirse a sí mismos como individuos ocupados en un trabajo. Pedro Flores Muñoz, el acusado por salteo que

³⁷ Marcelina Quaranta contra Agustín Pérez por hurto. Valparaíso, 1892, Archivo Nacional Histórico de Chile (ANHCH), Juzgado Criminal de Valparaíso (JUCRVAP), Caja 50140 expediente 12, fj. 3. v

alegaba haber sido confundido por una de las víctimas, retrataba su situación laboral de la forma siguiente:

Hace una semana que trabajo en el camino de la Placilla junto con Manuel Padilla y otros unos individuos mas á quienes no conozco de nombre. El dia viérnes cuatro del presente trabajé como de costumbre casi hasta las seis de ese dia y como era tarde el mayordomo nos hizo ir á alojar junto con tres individuos mas de la cuadrilla á la casa de Natalio Suarez. Ahí comimos y nos acostamos despues de conversar un rato, á las ocho y media de la noche. Debo advertir que el mayordomo de los trabajos Amador Quirós me ha conseguido a mi y a tres compañeros mas, alojamiento en casa de Suarez con el fin de que esté mas temprano en el trabajo³⁸.

Descritas de esta forma, las ocupaciones del reo parecen no dejarle lugar para cometer un delito contra la propiedad como el que se le acusa. Con esta explicación además, el procesado busca que se le considere como un hombre de trabajo, que se gana la vida de forma honrada, alejado del mundo delictual, y sin espacio para prácticas de esa índole. Dicho de otra forma, la declaración del procesado no sólo se dirige a entregar información de lo que supuestamente se encontraba haciendo al momento del delito, sino que también busca aportar datos adicionales, que de cierto modo lo ayuden a librarse de su calidad de sospechoso.

Esta intencionalidad al momento de comparecer, también se aprecia de forma clara en las declaraciones de Pedro Calderón y Pedro Olivos, acusados del salteo cometido a Rosauro Contreras, caso que ya habíamos analizado en este capítulo, pero desde la perspectiva de la víctima. Los reos ilustran su situación por separado, negando conocerse. Pedro Olivos sostiene que “en la noche en que fuí aprehendido venia del sauce adonde habia ido a buscar trabajo y caminaba por el cerro Baron en estado de ebriedad, sorprendiéndome mucho el que se me redujera a prision pues no habia cometido delito de ninguna especie”³⁹.

³⁸ Causa iniciada contra Manuel Padilla, Pedro Flores *ob. cit.* fj. 2. r

³⁹ Rosauro Contreras contra Pedro Calderón y Pedro Olivos por salteo. Valparaíso, 1897, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50104, exp. 7 fj. 2. v

Claro está que el estado de ebriedad que el reo señala, apunta a establecer que no se encontraba en condiciones de perpetrar un asalto a persona alguna. Además, se observa que la intención en la declaración de Olivos era expresar los motivos de búsqueda de trabajo, por los cuales se movilizaba. Al respecto, añade: "soy trabajador del tranque en las Cenizas, pero vine á este punto porque me dijeron que pagaban mejor jornal"⁴⁰.

La forma en que el segundo procesado, Pedro Calderón, expone su defensa, es bastante distinta. En primer lugar, se queja de la forma en que fue aprehendido por la policía, acusando haber recibido de parte del jefe de pesquisas, una serie de "garrotazos a pesar de que me puse á sus órdenes inmediatamente, pues no tenia culpa de ninguna especie"⁴¹. Además, en cuanto a su situación, pretende demostrar que es una persona de buena situación, que no se ve impelida a cometer el tipo de delitos por el cual se le procesa. Con el objetivo de probar este punto, y conseguir la libertad bajo fianza, llega a pedir la declaración de testigos que acrediten que: "siempre he observado una conducta intachable i me he dedicado exclusivamente a mi trabajo"⁴².

Sus argumentos fueron suficientes para convencer al Juez, quien le concedió la solicitada libertad bajo fianza por el monto de trescientos pesos, monto que fue proporcionado por un fiador de acreditada solvencia. Con ello se establece de paso, que el acusado mantiene contactos capaces de disponer de tales sumas de dinero, motivo por el cual se tiende a pensar que es poco probable que el imputado utilice artimañas de salteo para conseguir dinero. Como puede observarse, Pedro Calderón busca dejar bien establecida su honradez, la cual de algún modo se cuestionó, al momento de procesársele por un delito contra la propiedad. En adición, pretende demostrar monetariamente, que no necesita valerse del robo para sustentarse, debido a la estabilidad financiera que su trabajo le proporciona.

Éstas han sido las principales maneras por las cuales los procesados buscaban demostrar su inocencia. Sin embargo, en sus declaraciones encontramos más que

⁴⁰ Idem

⁴¹ Ibidem, fj. 3. r

⁴² Ibidem, fj. 4. v

meros intentos por eludir la culpabilidad de los delitos. Es lógico suponer que los procesados tengan algún grado de conocimiento en cuanto a la forma en que la ley funciona, teniendo conciencia de algunos de los derechos que les corresponden. De esta forma, nos encontramos con reclamos como el expresado por Pedro Calderón, relativo a la violencia desmedida e injustificada con la que la policía actuó al momento de aprehenderlo.

Resulta meritorio señalar que en varios de los expedientes judiciales analizados en esta investigación, cuando se ordena la captura de los acusados de un delito, dentro de las órdenes al cuerpo de policía, se detalla una que, aunque breve, su importancia no pasa desapercibida: informar a los imputados la causa de la aprehensión. Al parecer, los delincuentes tenían conciencia de este mandato, por lo que no será de sorprender que, a la par de alegar inocencia, aludan a que al momento de ser capturados por la policía, no se les informó la causa. Por supuesto, los policías informaban que cumpliendo con lo debido, capturaban a los imputados “haciendoles saber la causa de su prision”⁴³.

Es preciso aclarar, que nuestra misión en este caso no es averiguar la verdad de los sucesos, sino que llegar al fondo de las verdades expuestas por cada uno de los litigantes, puesto que los discursos que exponen, con sus diferencias y subjetividades, comunican una particular visión de la realidad, conllevando también una intención de inclinar el veredicto del juez a favor de los intereses propios. Es así como en uno de los procesos judiciales que se han estudiado en el presente trabajo, nos encontremos con que los dos procesados, Custodio Tapia, y Clemente Pardo, incluyan en sus declaraciones que fueron reducidos a prisión, sin que se les informara el motivo⁴⁴.

Al afirmar esto, realizan un ejercicio discursivo que resalta su supuesta inocencia, pues al decir que nadie les informó los motivos de su aprehensión, muestran una total ignorancia del delito. De hecho, en este caso, la postura de los reos es bastante sencilla, pero no por ello carente de propósito: los imputados Tapia y Pardo niegan

⁴³ Causa iniciada contra Manuel Padilla, Pedro Flores *ob. cit.*, Caja 50142, exp. 3, fj. 1. r

⁴⁴ Florencio A. Cáceres contra Custodio Tapia y Clemente Pardo *ob. cit.*, Caja 50153, exp. 20, fj. 3. r y fj. 4. v

en todo asunto que se les pregunta. La víctima acusaba haber sido asaltada por sus dos amigos y compañeros de copas. Custodio Tapia, por su parte, niega conocer más que de vista al querellante, así como también niega haber bebido esa noche. Clemente Pardo, agrega: "Es completamente falso todo lo que espone Cáceres y no sé porque me levanta esa calumnia"⁴⁵.

Más allá de si la policía informó o no a los procesados, el cual es un asunto que en definitiva nunca podremos dilucidar, lo que importa aquí es el hecho de que, en ausencia de evidencias que comprueben una realidad, lo que en un juicio se confronta, son las declaraciones de dos o más individuos. De esta forma, en el caso de procesos como éste, en los que no existen pruebas que acrediten cuál de las partes pleiteantes está diciendo la verdad, se llama a que testigos comparezcan, a fin de esclarecer el asunto, dando respaldo a alguna de las declaraciones de los querellantes.

En el proceso que examinamos, sin embargo, pese a que tres individuos en calidad de testigos, y dos más en su rol de policías ofrecen sus declaraciones, en ninguna de ellas se aportan mayores luces al asunto. De hecho, el testigo principal, que según la víctima debía confirmar su declaración, sólo se limitó a decir que recordaba vagamente el asunto, por encontrarse sumamente ebrio. No podemos negar que existe una clara relación entre ebriedad y hechos delictuales de este tipo. Los otros testigos tampoco aportan información de relevancia, puesto que ni siquiera pueden dar fe de al menos haber visto juntos a los procesados y a la víctima. No obstante, uno de los declarantes, Cipriano Celis, afirma haber estado con la víctima y con Tapia, uno de los imputados, bebiendo cerveza la noche del asalto, sin recordar si también se hallaba el reo Pardo en su compañía.

Lo interesante aquí, es que ambos procesados negaron la veracidad de lo expresado por este testigo, ante lo cual la declaración presentada perdió validez como prueba, puesto que ante dos versiones opuestas de los hechos, no existe forma de cerciorarse de quién se haya diciendo verdad. Seguramente, los imputados buscaron obstruir el testimonio entregado por Celis, entendiendo que cada uno de los individuos que presta declaración lo hace en función de sus intereses, no

⁴⁵ Ibidem, fj. 4. v

necesariamente apegándose a la realidad de los hechos. Recordemos que “acusadores y acusados, como también los testigos, fueron arquitectos de los argumentos que sostuvieron cada una de esas versiones” (Brangier, 2013: 7). La existencia de antecedentes pudo haber inclinado la balanza del veredicto, pero según se informa, sólo el reo Clemente Pardo cuenta con registros penales, mientras que Custodio Tapia muestra que jamás ha sido condenado por delito alguno. Este último, apela justamente a su condición, entregando al Juez del Crimen una declaración adicional, en la cual expresa que ha mantenido “una conducta anterior intachable i propia de la de un honrado trabajador”⁴⁶.

Es preciso señalar que tomando en cuenta el tenor del proceso, el juez consideró esta declaración del reo Tapia como no ha lugar. A pesar de esto, en la causa no hay más que declaraciones contrapuestas entre litigantes y testigos, no arrojándose ninguna evidencia material que sustente alguno de estos testimonios, debido a la forma en que se desarrolló el suceso delictivo. Por tanto, el Promotor Fiscal comunica al Juez del Crimen, que existen “fundados antecedentes para presumir que Custodio Tapia y Clemente Pardo cometieron el delito de asalto y robo que les imputa Florencio Cáceres [...] no hay prueba bastante para condenarlos”⁴⁷.

Finalmente, y pese a las sospechas del funcionario, se determina sobreseer el caso, ya que los reos negaron rotundamente el delito cuya autoría se les atribuía. Como se ve, en esta oportunidad, sostener una posición de simple y llana negación de todo lo ocurrido, resulta ser una efectiva estrategia para eludir la condena, forzándose a los empleados judiciales a mantener una postura de neutralidad en el veredicto. Ahora bien, en algunas oportunidades, ante la presencia de evidencias materiales, no había posibilidades de negar un delito. Uno de estas ocasiones la encontramos en la persona de José Medina, formalizado por hurto. El reo Medina se encontraba empeñando dos docenas de cucharas de plata en una agencia, conocida por el nombre de “Los Dos Gallos”, cuando fue sorprendido por un detective de la policía secreta, quien lo aprehendió en el momento mismo. Una vez capturado por el agente, Medina confiesa el origen de estas especies, diciendo que las extrajo de los escombros de un incendio, ocurrido en las casas de la calle del Teatro.

⁴⁶ Florencio A. Cáceres contra Custodio Tapia y Clemente Pardo por salteo *ob. cit.*, fj. 7. v

⁴⁷ *Ibidem*, fj. 8. v

Es importante señalar, sin embargo, que existen diferencias notables en la forma en que se informa la confesión de los hechos, pues según indica la policía, el imputado habría admitido el delito de hurto, mientras que las palabras de Medina ilustran la situación desde otra perspectiva. El acusado se presenta como de oficio pintor, soltero, de veintiún años de edad, sin antecedentes penales, sabiendo leer y escribir. A continuación, se presenta un fragmento de su declaración:

el treinta del pasado, como a las seis i media AM., iba pasando por el lugar del último incendio, en la calle del Teatro i vi aglomerada junto a los escombros gran cantidad de jente que se ocupaba en sacar para sí los objetos que quedaban enterrados debajo de los dichos escombros. Por mi parte, me puse a hacer otro tanto i logré desenterrar las dos docenas de cucharas que se me muestran en este acto, las cuales consideré, como de mi propiedad por habérmelas encontrado⁴⁸.

Al indicar que no era la única persona que sustrajo objetos desde los escombros, el individuo realiza una suerte de justificación de sus acciones, pues muestra que sólo se dedicó a lo mismo que la masa de personas hacía. De esta forma, intenta comunicar que no es justo para él encontrarse en la situación de procesamiento por hurto, puesto que no sería el único culpable de este delito. Además, intenta quitarle a sus acciones la categoría de delito, señalando que simplemente recogió un objeto que localizó entre las cenizas, tomándolo para sí por el hecho de haberlo hallado. Los argumentos de su exculpación continúan, agregando: "Como me hallara escaso de dinero, procedí a empeñarlas en la Agencia de los dos Gallos i en esta operacion estaba, cuando me capturó la policia por creer hurtado la especie"⁴⁹.

Como se observa, José Medina se exculpa aludiendo a su necesidad económica, recalcando de paso, que las especies que se encontraba empeñando no habían sido hurtadas, sino simplemente encontradas, ignorando a quién le pertenecieran. Su razonamiento, también parece apuntar a que si él no se hubiese llevado las mencionadas cucharas, las otras personas del lugar se las hubieran quedado de

⁴⁸ Proceso iniciado contra José Medina por hurto. Valparaíso, 1892, ANHCH, JUCRVAP, Caja 50140, exp. 24, fj. 2. v

⁴⁹ Ibidem, fj. 2. v y fj. 2. r

todos modos, no estando presente el dueño de estos objetos. De todas formas, la declaración de Medina es sometida a la crítica y sospecha de los funcionarios judiciales, uno de los cuales expresa que el testimonio del reo "puede ser solo una disculpa estudiada para paliar su delincuencia"⁵⁰.

Es preciso señalar además, que los jueces y peritos tenían conocimiento de que los ladrones recurrían a las casas de empeño para reducir las especies robadas, motivo por el cual la acción de traducir en dinero las cucharas hurtadas, no representaría un argumento válido para exculparse de la falta⁵¹. Ahora bien, en cuanto al propietario del cuerpo del delito, cabe decir que la policía tardó en encontrarlo, tratándose lógicamente del propietario de la casa incendiada. Una vez acreditada por dos testigos la propiedad de estas cucharas, le fueron entregadas de vuelta. Resulta evidente, que con su domicilio recientemente incendiado, la mayor preocupación del propietario no sería un conjunto de cucharas hurtadas de entre los escombros. Por ello, sorprende lo duro de la sentencia, que en primera instancia dictaminó una condena de sesenta días de presidio para el autor confeso del hurto. Ante ésta, su curador apela, basándose en su irreprochable conducta anterior, pidiendo la libertad bajo fianza, la cual se le concede por un periodo de quince días, luego de pasar seis meses y cuatro días en prisión preventiva.

Una vez concluido el procedimiento judicial, y habiendo pasado más de dieciocho meses desde la ocurrencia del delito, José Medina es condenado a un año de presidio menor, dándose por cumplida la sentencia, debido el prolongado tiempo que el reo pasó en prisión preventiva. Una vez puesto en libertad, al desafortunado imputado, no le quedaron más opciones que mostrarse conforme ante la sentencia emitida.

⁵⁰ Ibidem, fj. 3. r

⁵¹ Daniel Palma (2011: 170-182) se ha ocupado del asunto de la reducción de las especies por los delincuentes, quienes valiéndose de los servicios de las inescrupulosas agencias y casas de empeño les vendían sus botines a precios casi irrisorios, claramente más baratos comparado a su valor en el mercado.

5. Conclusiones

A la luz de los expedientes judiciales examinados, respecto de las estrategias retóricas de los participantes en los delitos de robo, pueden sostenerse algunas conclusiones preliminares.

En primer lugar, merece una mención especial la ebriedad, como un recurso al que tanto víctimas como reos apelan, en la mayor parte de las veces, para señalar la propia ignorancia sobre un suceso delictual. En el caso de los querellantes y los testigos de su lado, muchas veces la ebriedad se transforma en una suerte de disculpa, ante la incapacidad de identificar a los autores de un robo. Por su parte, los reos acusados de robo, en ocasiones mencionaban haber estado embebidos, reforzando su estratégica postura de total inocencia por el delito que se les imputaba. Ha de mencionarse, además, que de la forma en que lo muestran estos casos, el consumo de alcohol se relacionaría directamente con la ocurrencia de salteos, puesto que no eran pocas las ocasiones en las cuales las víctimas de este tipo de atracos indicaban haber ingerido alcohol, facilitándose la acción y escape de los asaltantes. Así también, podía darse el caso de que el exceso de alcohol agitara las pasiones, provocándose situaciones delictuales formalizadas como lesiones y hurto. Éste tipo de delitos guardaba más relación con una pendencia entre ebrios, luego de la cual podían ser sustraídas algunas de las pertenencias de los vencidos.

En relación a lo anterior, podría sostenerse además, que los salteos a personas ebrias eran delitos no planificados con mucha cautela ni antelación, pudiendo idearse y perpetrarse incluso desde los momentos en que los querellantes compartían un espacio de jolgorio con quienes serían sus victimarios. La ebriedad parecer ser una de las características centrales de la criminalidad porteña.

En segundo lugar, debemos hacer mención de la forma en que los reos eludían la acción de la justicia, una vez que eran aprehendidos. Por el modo en que esgrimen sus discursos de defensa, parece ser que conocían la forma en que funcionaba la justicia. Muchas veces, sabiendo los imputados que no habría evidencia circunstancial en su contra, simplemente negaban lo ocurrido, contradiciendo al querellante, recurso ante el cual no podía dictarse una sentencia en contra del

procesado. Ahora bien, cuando existía evidencia material irrefutable, los reos buscaban comprobar, al menos de palabra, que no habían tenido participación alguna en el robo, y que habían adquirido la especie de forma legítima⁵².

Esta última característica de las declaraciones, nos lleva a otro corolario que podemos extraer respecto de las estrategias retóricas de los litigantes en casos de robo, el cual tiene que ver con la exageración de las posturas al momento de declarar. Como hemos mencionado, los acusados tendieron a negar rotundamente cualquier aspecto acerca del delito por el cual se los interrogaba. Podemos señalar además, otra tendencia en las declaraciones de los acusados: cuando se trataba de imputados que no contaban con registros penales anteriores a la causa, resaltaban lo irreprochable de su conducta, mostrándose apegados a las buenas costumbres y al trabajo, ajenos a toda forma de delincuencia. En ocasiones, esta declaración podía ser cierta, pero no cabe duda de que en otras, bien pudiese tratarse de individuos que sin tener a su haber antecedentes delictuales, contaran ya con una posible experiencia en las prácticas de robo, en cualquiera de sus formas.

Asimismo, las víctimas también muestran en ocasiones una exageración de su postura discursiva, inclinando las declaraciones a señalar que fueron atacados y robados sin mediar motivos para ello. En base a esta intencionalidad hemos hallado respuesta a la diferencia con que se describen las heridas, según las propias víctimas, y según el Médico de Ciudad que las examina. Dicho en pocas palabras, podría afirmarse que existe una intención de victimizarse, por parte de los querellantes. Muy por el contrario, los testigos tienden a no usar este recurso de inclinación de las declaraciones. Por lo general muestran mantenerse al margen de los hechos, aportando, de forma limitada la información que se les pide respecto al caso, en el momento en que son citados a comparecer. Ahora bien, en las situaciones en que los testigos son parientes de alguna de las partes litigantes, sí se advierte un atrevimiento y una intención de tomar partido en el asunto, aportando declaraciones más amplias y contundentes.

⁵² Es importante destacar el hecho de que durante estas causas judiciales, cuando querellantes e imputados entregan versiones de los hechos que se contradicen entre sí, frecuentemente lo hacen a través del procedimiento del careo, vale decir, declarando en presencia de todos los litigantes. Se resalta entonces el carácter de confluencia entre diversos actores durante los procesos judiciales, señalado en Pauline Bilot (2013: 3-5).

Este comportamiento que mostraron los testigos, se entiende bajo la misma lógica en que se comprenden los testimonios de querellantes y procesados, modificando las declaraciones según sean los intereses propios. Para las víctimas, la intención preponderante será resaltar la violencia de los hechos, en caso de tratarse de un asalto, y en segundo lugar, demostrar el valor monetario de los bienes robados. En el fondo, buscan una tipificación del delito que sufrieron, de forma en que éste sea entendido por la justicia bajo los más duros términos, sancionándose en proporción. No obstante, para su infortunio, muchas veces los acusados quedaron en libertad, pues la naturaleza de los delitos que se acusaban generalmente provocaba que no hubiese evidencia material de los hechos, más que las heridas con las que las víctimas se quedaban. Ante esta falta de pruebas, como hemos dicho, los reos defendieron a toda costa su postura de completa inocencia. Sin embargo, en dos de los procesos judiciales analizados en esta investigación, uno por salteo y el otro por hurto, existían pruebas materiales que dificultaban a los imputados mantener esta postura. En el primero de estos casos, el imputado logró eludir la condena por asalto, pero de igual forma, hubo de pasar seis meses tras las rejas, pues las evidencias en su contra eran irrefutables, hallándose en posesión de las especies sustraídas a la víctima⁵³.

Sorpresivamente, entre los expedientes de este trabajo, es el caso de hurto de las cucharas de plata, en el que se observa la condena más larga a la que fuese sentenciado un reo, aun confesando la forma en que cometió el delito. Evidentemente, esta táctica no le jugó una buena pasada⁵⁴. Cabe destacar, eso sí, un importante aspecto de esta causa, que no se encuentra presente en los otros casos: la justificación del delito. El imputado, al verse sorprendido en el proceso de reducción de las especies, asume desde un primer momento haber sustraído el cuerpo del delito, alegando haberlo hecho por necesidades económicas. En los demás registros, los reos no realizan ningún intento por justificar el robo, pues sencillamente lo niegan. Sin embargo, a fin de desenterrar un nuevo vestigio de información, demosle total fe a los testimonios de las víctimas, en cuanto a los objetos que afirman les fueron sustraídos.

⁵³ Manuel Chávez contra Ciriaco Soto y Carmen Rosa y Reyes por asalto. *Ob. cit.*, Caja 50154 exp. 37.

⁵⁴ Proceso iniciado contra José Medina por hurto, *Ob. cit.* Caja 50140, exp. 24.

Dando crédito a sus declaraciones, tenemos que la mayor parte de los enseres robados, eran objetos de uso común: chalecos, pañuelos, dinero, relojes, cadenas, algunas alhajas, e incluso un sombrero. Todos estos objetos resultan fáciles de reducir, vendiéndose a un menor costo que el real, por supuesto. No obstante, los ingresos que se extrae de ello, no parecen ser suficientes como para proporcionar el sustento económico a un individuo. Es entendible entonces, que muchos de los imputados señalen mantenerse ocupados en algún trabajo, desempeñando oficios de la más diversa índole.

En consecuencia, la alusión al trabajo no sería solamente una estratagema de justificación ante el tribunal, sino que una realidad de la vida de los detenidos, puesto que los hurtos y salteos, al menos los descritos en este capítulo, no entregarían el botín suficiente para una dedicación al delito de tiempo completo. Por lo tanto, además de las conclusiones acerca de las estrategias retóricas de los litigantes, desde los expedientes judiciales podría ir afirmándose una inferencia adicional: el robo, en el caso de la urbe porteña, sería una actividad ocasional y paralela al trabajo realizado por los delincuentes, quienes a través de estas prácticas, aprovechan las oportunidades que se les presentan para hacerse de algunos recursos adicionales.

Referencias Bibliográficas

Fuentes primarias

Archivo Nacional Histórico de Chile (ANHCH);

Juzgado Criminal de Valparaíso (JUCRVAP)

- Caja 50104, expediente 7
- Caja 50140 expediente 12, 24
- Caja 50041 expediente 17
- Caja 50153, expediente 12, 20
- Caja 50154 expediente 37
- Caja 50041 expediente 1
- Caja 50005 expediente 2
- Caja 50205, expediente 25

-Caja 50142, expediente 3

Fuentes secundarias

Albornoz, M.E. (2006): "Seguir un delito a lo largo del tiempo: interrogaciones al cuerpo documental de pleitos judiciales por injuria en Chile, siglos XVIII y XIX", Revista de Historia Social y de las Mentalidades, Vol. 2, n° X, pp. 1–15.

Bilot, P. (2013): "Construyendo un esquema de la administración de justicia: fuentes, métodos y resultados. Chile, siglo XIX", Revista Historia y Justicia, n°1, pp. 3–5.

Brangier, V. (2013): "Sentidos de "lo justo e injusto". Judicialización de conflictos interpersonales. Chile Central, 1824–1875", Revista Historia y Justicia, n°1, pp. 1–33.

De Ramón, A. (1989): La justicia chilena entre 1875 y 1924, Santiago, Escuela de Derecho de la Universidad Diego Portales.

León, M.A. (2003): Encierro y corrección: la configuración de un sistema de prisiones en Chile (1800 – 1911), Santiago, Universidad Central de Chile.

Palma, D. (2011): Ladrones. Historia social y cultura del robo en Chile, 1870 – 1920, LOM, 2011.

Zárate, M.S. (1995): "Mujeres viciosas, mujeres virtuosas. La mujer delincuente y la Casa Correccional de Santiago. 1860 – 1900.", en Lorena Godoy, ed., Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX, Santiago, SUR/CEDEM, pp. 149–156.

Recibido: 20-06-2016

Aceptado: 14-10-2016